

La nueva Guerra Fría

Felipe Sahagún en la presentación de

Panorama Estratégico 2018

¿Estamos ya en un sistema pos estadounidense como anuncia Project Syndicate en su Anuario de 2018?

¿Ha renunciado EE.UU. al liderazgo mundial como anunciaba Newsweek en su última portada de 2017?

¿Se ha acelerado en el primer año y medio de mandato de Donald Trump, como dice el Informe de Altos Riesgos y Decisiones Éticas 2018 de la Carnegie el descenso a un estado hobbesiano de la política internacional?

¿Qué defiende la Administración Trump en Siria, en Irak, Afganistán, frente a Irán, en las dos Coreas, ante Rusia y China, en el comercio internacional o hacia Cuba, Venezuela, Colombia o México?

Algunas de sus decisiones iniciales más graves, como la retirada del TPP o del Acuerdo de París sobre cambio climático, o la escalada –más retórica que militar por Washington- en Corea, se están intentando corregir, y los temores que hace cuatro meses, cuando cerramos los textos de ese Panorama, se habían evitado –la retirada del pacto nuclear con Irán, la imposición de nuevas sanciones a Rusia y, sobre todo, una guerra comercial con China- se están haciendo o pueden hacerse realidad en cuestión de semanas.

Si, de forma clara o condicionada, Washington rompe el acuerdo con Irán para forzar la revisión de lo pactado en 2015, se deteriorará la seguridad regional, se reforzará a la línea más antioccidental del régimen iraní, aumentará la volatilidad en el mercado del petróleo, Teherán tendrá menos incentivos para colaborar en la paz de Siria, Irak, Líbano, Gaza y Afganistán, aumentarán los incentivos para la proliferación nuclear y, previsiblemente, se agravarán los dos enfrentamientos más importantes en la zona: el de Israel con Irán, y el de Irán con Arabia Saudí.

Todavía no estamos en este punto y, dejando a un lado los tuits y los problemas con la justicia de Trump, en su primer año y medio ha evitado decisiones como las de Truman en Corea en 1950, Johnson en Vietnam en 1964 o George Bush en Afganistán e Irak tras el 11S.

Tras defender como candidato la retirada de EE.UU. de las principales guerras, cedió a lo que le aconsejaron los militares, mantuvo y reforzó las misiones principales en marcha desde Afganistán al África occidental y en sólo ocho meses aprobó ataques aéreos en todos los países con objetivos bombardeados durante los ocho años de Obama.

A falta de una estrategia clara de Occidente para Siria, que nunca ha habido –otra cosa es Daesh- parece conformarse con debilitar al régimen de Asad, ya que acabar con él se descartó hace tiempo. ¿Cómo? Fundamentalmente, dificultando la recuperación por Damasco del tercio norte del país, donde están los

principales yacimientos de petróleo y sus principales recursos hidráulicos.

Sin una Siria y un Irak pacificados y unidos, toda la región seguirá fragmentada y debilitada, y las franquicias o reencarnaciones de Al Qaeda y del Estado Islámico seguirán encontrando espacio con insurgencia y terrorismo.

Como Rusia, los kurdos y el resto de los actores regionales, Asad tiene su propia agenda y sin un acuerdo con Turquía, el país-comodín o pivot más importante e independiente (con Irán) de la zona, será difícil lograr los acuerdos necesarios para la paz, la reconstrucción y el retorno de los refugiados.

En términos estratégicos, Turquía está ejerciendo para Europa un rol de filtro y contención de amenazas similar al que Marruecos ejerce desde hace años para España.

Cuanto más se distancien suníes y chiíes, más fácil será para la Rusia de Putin seguir recuperando la influencia perdida en Oriente Medio tras el fin de la URSS.

Me he detenido en Oriente Medio por no haber podido acompañarnos el catedrático Pere Vilanova, autor del capítulo sobre esta región en la edición de este año.

Oriente Medio es, señala, una especie de paradigma y microcosmos del sistema internacional de hoy.

Solía decir en sus clases Robert Gates antes de pasar a dirigir la CIA y el Pentágono que “los pronósticos sobre las

guerras del futuro nunca han resultado correctos”. Prueba de ello es la sorpresa de Truman en Corea en 1950, la promesa de Lyndon Johnson en 1964 de no enviar nunca soldados a Vietnam o, ya en casos que muchos de nosotros vivimos de cerca, los tanques de Sadam ocupando Kuwait el 31 de julio de 1990 o, más reciente aún, el 11-S.

¿Quién podía imaginar antes del 11-S que estábamos en el principio de una campaña de guerras en Afganistán, Irak y otra media docena de países que iban a prolongarse toda una generación y que todavía siguen activas?

Mi conclusión principal es, acabemos cayendo o no en la trampa de Tucídides como advierte el profesor Graham Allison en su último libro (Esparta, Tebas y Atenas con armas nucleares), la dinámica asumida por los tres actores equivalentes de hoy (Estados Unidos, China y Rusia) en sus estrategias de seguridad más recientes apunta en esa dirección.

En la revisión cuatrienal de 2006 del Pentágono la misión prioritaria sin discusión era lo que se llamó “la larga guerra contra el terrorismo internacional”.

En la aprobada por el actual secretario de Defensa, Jim Mattis, en enero, aquella larga guerra ha pasado casi al olvido y, aunque sigan activas siete guerras de contrainsurgencia, donde está muriendo hoy el 90 por ciento de las víctimas en conflictos y por el terrorismo, la

prioridad es la contención de China y Rusia, sobre todo en Eurasia.

Lo han dejado claro los responsables de los Mandos Unificados de Combate –Pacom, Eucom y Centcom- en sus presentaciones ante el Congreso esta primavera y tenemos pruebas de ello casi a diario. Ayer mismo, sin ir más lejos, desayunábamos con este titular del Washington Post: “La Navy resucita la 2ª Flota para proteger la costa Este y el Atlántico Norte de Rusia”.

El viernes, el almirante Richardson, jefe de operaciones navales, explicaba que, con esa decisión, Estados Unidos aplica la revisión de Mattis de enero y responde al desafío estratégico de China y Rusia a largo plazo y al convencimiento –iniciado en los últimos años de Bush, avanzado por Obama y acelerado ahora por Trump- de que las guerras de contrainsurgencia desde el 11S han consumido recursos gigantescos y han facilitado la multiplicación de provocaciones, amenazas y acciones hostiles de Rusia y China mucho más importantes para los intereses estratégicos de Occidente que cualquier otro adversario o enemigo.

Es, sin duda, una Guerra diferente, como dice Richard Haass, el responsable del Council on Foreign Relations de Nueva York, se produce en un contexto ideológico, de economía global de mercado, regresión democrática, de rebrotes nacionalistas y populistas muy distinto de la bipolaridad, y es un juego de tres y no de dos, pero es evidente que la dinámica de nueva Guerra Fría se está

consolidando. Si no se ataja el proceso abierto por Trump de proteccionismo comercial en los últimos meses, la recuperación económica global, la mejor noticia con la que se abría 2018, puede dejar paso a una nueva recesión.